COMEDIA NUEVA

EL CARPINTERO DE LIVONIA.

EN TRES ACTOS.

ACTORES.

Pedro el Grande, Emperador de Rusia.
Catalina, su Esposa.
Carlos Es ranvonski, huérfano.
Eudosia Macepa, huérfana.
Madama Fritz, dueña de la posada.
El Corregidor del pueblo.
Birman, Judío Aleman.
Un Escribano.
Un Oficial del Emperador.
Ministros de justicia, Criados, y Aldeanos.

La Escena es en Livonia en la posada de un pueblecito corto.

El teatro representa la parte interior de una posada del pueblo, y en el fondo hay un taller con todos los instrumentos de carpintería.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Cárlos y Eudosia.

Carl. Al fin os veo Señorita; ya habia perdido la esperanza de hablaros esta mañana.

Eud. ¡Oh! ya sabeis Cárlos, que siempre paso por este quarto; pero ¿qué dirán, si se llegase á saber, que todos los dias nos encontramos á esta hora?

Carl. ¿Pues acaso es delito el encontrarse?

Eud. No lo tengo yo por tal; pues eternamente deberé mirar con placer al bienhechor de mi Padre.

Carl. ¿Es posible, que todavía me deis el nombre de bienhechor? Me aflige tanto como si me dixeseis alguna injuria.

Eud. ¿Pues como he de llamar á aquel, que con su trabajo ha mantenido á mi desdichado y culpable Padre, hasta los últimos momentos de su vida?

Carl. ¡Vuestro culpable Padre! Bien me lo sospechaba yo por algunas expresiones, que se le escapáron... pero como jamas me atreví á preguntarle la causa de su desgracia, estoy ignorante...

Eud. ¡Oh! seguramente no os la hubiera dicho; pero ya no existe; el secreto se halla depositado en mí, y al cabo de tanto tiempo mereceis toda mi confianza; porque sois mi Protector, mi hermano...

Carl. ¡Vuestro hermano! ¡Vuestro amigo! ¡Ah! no lo sabeis bien.

Eud. Así que sepais el nombre de mi Padre, vendreis en conocimiento de sus infortunios; se llama Macepa, y este nombre lleno de oprobio...

Carl. ¿Macepa? ¿El Hetman de los Cosacos, que fué traydor á su Patria? No hay siquiera un Ruso, que no tenga noticia de su crímen.

Eud. Y de la sentencia infamatoria que le condenaba á muerte. Hija, pues, de un proscrito deshonrado; ved, Cárlos, la suerte que me ha cabido!

Carl. Miéntras que yo exîsta, no será infeliz: no os aflijais con vuestras desdichas, pues vuestras lágrimas me causan un mal... pero abandonemos estas ideas, y tratemos de nuestros intereses. Sin duda necesitareis dinero; ¿es verdad?

Eud. No; porque aun tengo los treinta rublos, que me habeis entregado.

Carl. ¡Cómo! ¿Todavía? será posible, que os priveis?.. ¡Oh! eso no va bien: yo cuidaré de todo; y entre tanto, tomad otros diez á cuenta de la obra, que estoy haciendo en este quarto; pero creo, que no tardarémos mucho en tener dinero suficiente para desempeñar vuestro collar, y sacarle de las manos de ese usurero.

Eud. ¡Ah! no penseis en eso. Este hombre no debe temer la pérdida de el dinero; porque el collar vale tres veces mas que el dinero, que me ha prestado, y seria para vos hacer un sacrificio.

Carl. No, Señorita; es preciso, que recojais vuestro collar.

Eud. Si lo deseais, consiento en ello; pero ha de ser baxo la condicion, de que lo vendereis al instante.

Carl. Eso no; quiero que le guardeis, ó le lleveis puesto; y no sufriré que la hija de un Hetman no tenga diamantes.

Eud. Haré todo lo que querrais; pero no os altereis tanto.

Carl. Teneis razon; no tengo la culpa. Bien sé, que carezco de aquella educacion... ¡Ah! si tuviera como vos un modo dulce, y amable de decir lo que pienso, me parece que tendriais tanto gusto en escucharme, como experimento yo en hablaros.

Eud. ¡Oh amigo Cárlos! sino hablais tan bien como los demas, por lo ménos en vuestra naturalidad se descubre perfectamente la franqueza de vuestro carácter, y la bondad de vuestro corazon. Creed, que sentiria muchísimo, que fueseis diferente de lo que sois.

Carl. Lo cierto es, que lo poco que valgo, á vos lo debo; pues desde que nos hablamos por las mañanas ántes de dar principio á mi trabajo, me dexais ideas para el resto del dia. Así que os vais, las arreglo todas en mi cabeza, y respondiendo á lo que me habeis dicho, se me figura hallarme al dia siguiente con mas talento.

Eud. ¿De veras? Pero si llegasen á vernos... No es la posadera á quien yo temo; porque es muy buena muger, y os quiere mucho; sino á los criados de la posada, y sobre todo á los pasageros.

Carl. ¡Oh! yo quisiera ver como os trataban sin el respeto que mereceis... Si, que se atrevan á hacer como el Oficial Ruso, que queria tomarse ciertas libertades con vos... Y á no haber llegado el Embaxador...

Eud. Siempre que hablais de esa qüestion me haceis temblar.

Carl. No hubiera salido bien la disputa; pues hasta entónces todo iba perfectamente; pero tuve la indiscrecion de decir que era noble, y entonces to-

todos se reuniéron para burlarse de mí; y quando el Embaxador me hizo preguntas acerca de mi familia, me sobrecogí en tales términos, que no supe que responderle. ¡Oh Dios mio! ¡Cómo se riéron! Hasta su Ayuda de cámara quiso mezclarse en la qüestion; pero quedó bien escarmentado.

Eud. ¿Y todos esos altercados fuéron por mi causa?

Carl. Y tambien por la mia; porque me hallaba tan encolerizado, que temí malas resultas; pero por fortuna se marchó el Embaxador, y no he oido hablar mas del suceso.

Eud. ¿Sabeis, Cárlos, que en algunas ocasiones teneis mala cabeza?

Carl. En tratándose de vos, se me acaba el sufrimiento; pero tambien tiene mucha parte de culpa el viejo Raski por haberme dicho, que soy noble, y aun me ha dado un papelito. Puede ser que mi nobleza esté dentro de él.

Eud. ¿Pues no le habeis leido?

Carl. No, Señorita; y ya sabeis porque... Mucha falta me ha hecho el no conocer á mis Padres.

Eud. Eso no os debe afligir; porque no obsta, que no sepais leer, paraque seais bueno. Traedme ese papel, y os diré lo que contiene.

Carl. Con muchísimo gusto; os lo traeré muy pronto; pero decidme, Señorita, ¿seré ya demasiado viejo para aprender á leer? Porque se me ha puesto en la cabeza que si supiese mas de lo que sé, me entenderiais mejor.

Eud. Amigo, Cárlos, no teneis necesidad de saber mas; pues hay momentos, en que os comprehendo bien... Pero aquí viene ese usurero judío Aleman. Pronto, pronto á vuestro trabajo.

Carl. ¡Bueno! Desde aquí puedo, (*yendo a su taller*) escuchar lo que la diga.

ESCENA II.

Birman y dichos.

Birm. ¡Oh Señorita! ¡Qué temprano estais por aquí!

Eud. ¿Qué se os ofrece, Señor Birman?

Birm. Vengo á veros, y hablaros de nuestros asuntos.

Carl. Buenos dias, Señor Birman.

Continuando su trabajo.

Birm. Buenos los tengais, Señor Caballero de la Lituania.

Car. Yo creo, que este pícaro judío se burla de mí.

Birm. Señorita, pasemos á vuestro quarto, porque este muchacho nos ha de estorbar.

Eud. Estámos muy bien en este sitio, pues nada teneis que decirme en secreto.

Birm. ¡Oh! perdonad, hija mia.

Eud. Vaya, acabad. ¿Por qué me cogeis la mano?

Birm. ¡Oh! si fuerais buena, yo os pagaria con mi reconocimiento.

Carl. ¿Qué la estará diciendo?

Eud. Sin duda vendreis á saber, si puedo devolveros vuestro dinero, y desempeñar mi collar.

Birm. ¡Oh Señorita Eudosia! Vos sois muy linda, y yo muy apasionado vuestro... Y si quisierais consentir en trocar vuestro corazon...

Eud. No Señor, nada quiero trocar, porque siempre perderia en el trueque con vos; y así, lo que quiero es daros vuestro dinero.

Birm. Lo tomaré; pero tambien quiero al mismo tiempo vuestro amor; pues supuesto, que sois una huérfanita sin fortuna, si quereis mi mano os la venderé; quiero decir, os la daré.

Carl. ¡Oh que buen regalo! Ah, ah, ah.

Arrimándose.

Eud. Cárlos, os ruego, que no tengais imprudencia.

Birm. ¡Ah! ya comprehendo lo que esto es; vos sois el amante de esta niña; está bien; me voy, porque no intento perturbar vuestra dicha

Eud. Pero ántes de iros, devolvedme mi collar, que yo estoy pronta á pagaros todo lo que os deba.

Birm. Lo siento mucho: pero el término se ha concluido, y vuestra alhaja se ha vendido esta mañana.

Carl. ¿Se ha vendido? Vive Dios, que no saldrás de aquí, pícaro judío. Mientes, si dices, que ya no tienes la prenda, y en dándote tu dinero la devolverás, y veremos como sales de aquí.

Eud. Dexadlo estar, Cárlos. ¿Vais á principiar otra quimera?

Carl. ¡Ah! con este no hay peligro, pues no es de la comitiva del Embaxador. Vaya, acabemos; devolvednos el depósito.

Birm. Pero, ¿sabeis, que me haceis daño?

Carl. ¿Cómo tienes valor para quedarte con una prenda, que vale tres veces mas que el dinero que has dado sobre ella? Como no te enterneces al ver á la bella Eudosia empeñar la única alhaja, que la quedaba para conservar los dias de su Padre? Yo en tu lugar la hubiera dado todo el oro del mundo, si lo hubiera tenido. No tienes corazon, miserable.

Birm. Yo tengo dinero; lo hago valer; este es mi oficio; y con él estoy muy contento.

Carl. Y el mio es defender esta jóven huérfana de un bribon como tú ¡Oh! no te me escaparás.

Birm. Dexadme... Madama Fritz, Madama Fritz. *gritando.*

Carl. ¿No quieres callar? *Teniéndole por el brazo.*

Eud. Cárlos; conteneos, ó no vuelvo á veros en mi vida.

ESCENA III.

Madama Fritz y dichos.

M. Fritz. Cárlos, ¿es posible, que con todos tengas disputas?

Carl. Perdonadme, Madama Fritz; no tengo yo la culpa, pues quando veo, que ultrajan, ó roban á una niña tan buena y tan interesante como Eudosia, no soy dueño de mi mismo.

Eud. ¡Ah Señora! perdonadle, porque sus intenciones son sinceras.

Birm. ¡Cómo! Me quieren obligar á dar...

Carl. Lo que no es tuyo, bribon.

Birm. Ya ois, que me llama bribon.

M. Fritz. Un hombre de entendimiento como vos, no hace caso de las locuras de un muchacho; pero ya me parece, que he adivinado el motivo de esta querella. La prenda vale mucho mas de lo que se os debe, y vos no la quereis devolver: ¿es verdad? Ciertamente que ese es un modo seguro de hacer negocio; pero como sois un hombre de bien...

Birm. Asi lo creo.

M. Fritz. Y nosotros lo creeremos tambien, luego que devolvais á Eudosia lo que legítimamente es suyo.

Birm. Pues bien; para daros una prueba de mi probidad, voy á buscar el collar; pero con la condicion de que inmediatamente se me entregará mi dinero con sus intereses, y con los intereses de los intereses.

Carl. Está bien, vuestro dinero está pronto.

Birm. Ya podeis conocer, amable niña, lo que hago por vos; esto es manifestaros que soy sensible, y que me inspirais muchos intereses. *vase.*

Carl. Si; el interes de los intereses es el que te mueve á tí.

ESCENA IV.

Dichos, ménos Birman.

M. Fritz. Este negocio, ya está concluido; y así pasemos á otro. Tú, Cárlos, al momento dexarás la obra por hoy, pues este quarto es comun á todos los viageros, y el ruido de tu cepillo les puede incomodar.

Carl. Pero ¿si no hay ningun huésped en nuestra casa.

M. Fritz. Dos carruages acaban de llegar, y esperan otro con mucho acompañamiento. Sospecho que los que vienen dentro son grandes personages, porque sus criados son muy insolentes. Vamos, Cárlos, corre á ayudar á mis sirvientes; hazme este favor; ya sabes, que te quiero como á hijo, y que tengo razon de hacerlo así;

así; porque eres un buen muchacho, quando no riñes.

Carl. Voy á obedeceros, madre mia. Señorita Eudosia, ya sabeis, que soy un criado vuestro. *vase.*

Eud. Y yo siempre vuestra servidora, Cárlos. (*Haciéndole una cortesía.*

ESCENA V.

Eudosia, y Madama Fritz.

M. Fritz. Voy á preparar este quarto para los viageros.

Eud. Y yo os ayudaré con mucho gusto.

M. Fritz. No, hija mia; quedaos aquí á recibir los huéspedes, quando lleguen; pues el dexaros hacer los honores de mi casa, es enseñarles á que os traten con el respeto, que mereceis. *vase.*

ESCENA VI.

Eudosia sola.

Eud. ¡Qué buena es esta Madama Fritz! ¡Qué sensible me seria tener que separarme de su lado! Ciertamente, que en todo este pais no he encontrado mas que buena gente. Sobre todo, ¡este Cárlos! ¡Qué franqueza! ¡Qué noble sencillez! ¡Qué generosidad conmigo! Puedo decir con sobrado fundamento, que es un verdadero amigo mio.

ESCENA VII.

Pedro, Catalina y dicha.

Eud. Ya estan aquí los viageros; tratemos de recibirlos.

Ped. Parece que el camino te ha fatigado mucho.

Eud. Señora, aquí teneis asiento, si gustais. *dando una silla.*

Sale Ofic. Si vuestra Magestad quisiera...

Ped. Cuidado. ¿Has olvidado ya mis órdenes? El mayor secreto que te encargo, es el de mi nombre y mi calidad; vete, y no entres, sino quando yo te llame. *vase el Oficial.*

Cat. ¿Sois vos la patrona, amable niña?

Eud. No Señora: la dueña de esta casa me dispensa su amistad, y yo procuro con mi zelo corresponder á sus bondades.

Ped. Es muy linda esta niña. Teneis, no sé, que acento... Sin duda no sois de este pais.

Eud. No Señor, soy de Suecia; pero ciertas desgracias, que no he merecido...

Cat. No puede ser mas interesante su fisonomía. ¿Y por qué acaso os hallais aquí? Vuestros modales anuncian un buen nacimiento, y confieso que estoy admirada de encontraros en un pueblo tan infeliz. Llegaos, hija; tal vez podré seros útil, y por lo mismo exîjo...

Ped. ¡Oh! sin duda; pero ántes es necesario, que nos digais, quienes son vuestros parientes.

Eud. Agradezco infinito vuestras ofertas generosas; pero mis desgracias no son propias para dichas con facilidad á personas extrañas. Mi exercicio se debe limitar aquí á saber lo que os hace falta, y aun de serviros. Voy á ver si estan preparados vuestros quartos, porque me persuado que tendreis necesidad de reposo, y buscando el medio de proporcionarlo muy pronto, es como deseo manifestaros mi zelo y mi respeto. *vase.*

ESCENA VIII.

Pedro y Catalina.

Ped. Tiene razon. ¿Por qué motivo hemos de hacernos siempre los soberanos? Todo lo queremos saber, y conocer... ¡Quantos infelices hay, á quienes no quedan ya mas bienes, que el secreto de sus desgracias, y aun de él les queremos privar! Pero dexemos esta conversacion, y hablemos del placer, que nos resulta de volver á vernos, mi querida Catalina.

Cat.

Cat. ¿Esperabas qué saliese á recibirte á la vuelta de Francia?

Ped. Aunque al verte he fingido sorpresa, como sí lo ignorase, tenia ya noticia de todo; sin embargo, por eso no ha sido ménos grande mi alegría. ¡Quantas cosas tenemos que decirnos!... Al fin, gracias á mis disposiciones, nos vemos libres de ese fausto importuno.

Cat. En efecto; por la sencillez de tu trage, y por tu corta comitiva no es fácil conocerte por el Emperador de la Rusia. Mi Esposo no es dichoso, sino quando oculta su gloria y su nombre; y en las Provincias que recorre, solo se conoce su tránsito por los beneficios que derrama, y por los vastos y útiles proyectos, que abraza para la felicidad de sus dominios.

Ped. Si; no lo niego: me complazco en ver, y estudiar á los hombres en su interior; porque rara vez se encuentra la verdad en el seno de los palacios; y ¡quantos errores no hubiera yo cometido á no haberme concedido el cielo un amigo sincero é ilustrado! ¡Oh mi querido Lefort! Te he perdido; pero jamas se borrarán de mi memoria las pruebas de tu amistad, tu zelo y tus virtuosos consejos. A él debo la aficion á los viages de incógnito, y con ellos me ha ido siempre bien; porque el hombre, que no me conoce, se expresa con franqueza acerca de mi mismo y de mis operaciones, y su crítica justa me es útil, y me aprovecho de ella. Por otra parte experimento cierto placer en ver á los hombres como son, y sin aquel disfraz con que se me presentarian, si supiesen que soy su Soberano. Carpintero en Holanda, marinero en Lóndres, siempre he hallado placeres entre estos hombres industriosos, y, jamas he conocido el fastidio.

Cat. Y ciertamente debe la Rusia su tranquilidad á estos viages, y á ese carácter activo, laborioso y emprendedor.

Ped. Créeme, Catalina, aun le deberá mas; le deberá su felicidad; le deberá las artes, que suavizan las costumbres, que civilizan á los hombres, que proporcionan comodidades al rico, medios de subsistencia al pueblo y gloria á la nacion. Te he visto, soberbia Francia, te he visto con la esperanza de extraer, y trasladar á un pais medio salvage tus vastos conocimientos. ¡Oxalá me fuera posible transferir del mismo modo la urbanidad de tus habitantes, su talento y su amable alegría!

Cat. ¡Qué entusiasmo tienes por los Franceses! ¡Ah, Pedro! La corte del Regente te ha seducido mucho.

Ped. Hasta cierto punto no mas; pues le dexaré de buena gana el exceso de su galantería y su ligereza; pero no puedes imaginarte como me han recibido. Sabiendo que no soy amigo de los vanos elogios, han encontrado el medio de lisongearme con ellos, con tal delicadeza, que no he podido ménos de acogerlos, y saborearlos. Quanto pueden producir grande y hermoso las artes, las ciencias y las riquezas, otro tanto me ofrecian con aquella gracia, que al mismo tiempo que obliga, dispensa del reconocimiento.

Cat. Ya me pesa no haberte acompañado; quien te oyga, y note tu viveza, dificilmente reconocerá en tí la noble y ruda fiereza del vencedor de Pultova.

Ped. ¡Qué! ¿De veras me encuentras mudado? Pues en este caso te debes alegrar; porque si con la permanencia en Francia he conseguido corregir todos mis defectos, ¿no te parece, que he ganado mucho?

Cat. No; yo me asemejo á las demas mugeres; quiero á mi Esposo con todos sus defectos; pues no puede haber adquirido esa gracia y esa ligereza francesa, sino á costa de su franqueza, y tal vez del amor que me profesa. Sé calmar los ímpetus de su carácter, y temo no poder oponerme á los medios de que se valga para agradar: pero me parece, que viene la Patrona.

ES-

ESCENA IX.

Madama Fritz y dichos.

M. Fritz. Señores, ya está todo dispuesto por si quereis pasar á vuestro quarto; y espero, que quedareis contentos: á lo ménos he hecho quanto me ha sido posible para recibiros dignamente.

Ped. No os dé cuidado, que yo me acomodo muy bien en qualquiera parte.

Cat. Y yo tambien; otras veces hemos estado en peores alojamientos.

M. Fritz. ¡Oh! sin vanidad puedo decir, que mi casa no está mal dispuesta.

Ped. Lo mas esencial es la comida.

M. Fritz. La estan haciendo. Sin que pase por curiosidad; Caballero, ¿venís de Francia? segun dicen, es un bello pais; pero debeis haber visto allí á nuestro Emperador; porque acaba de hacer un viage á aquella tierra.

Ped. Sí; le he visto.

M. Fritz. ¿Es bella persona? ¿Le conoceis?

Ped. Mucho; pero hablemos de otra cosa.

M. Fritz. No, no; es preciso, que me deis noticias de él, pues las exîjo de todos los viageros; tengo cierta aficion á ese Señor; y como procuro saber todo lo que ha dicho y hecho, lo comunico luego á todo el pueblo; y esto no dexa de grangearme alguna consideracion.

Ped. Vaya, está visto, que no hablará mas que de mí.

M. Fritz. ¡Oh! sin duda habrá estado muy contento en aquel pais; porque es aficionado á las mugeres bonitas y al buen vino.

Cat. Cierto; y algunas veces demasiado. *Sonriéndose.*

M. Fritz. No se puede negar, que se toma mucho trabajo: siempre está viajando: tan pronto Piloto; tan pronto Carpintero; Soldado, General, y en todas estas situaciones se padecen muchas fatigas. Dicen, que es un poco arrebatado; pero ¿quién está libre de defectos? ¿Creeis que no tendrá tambien los suyos Catalina? ¡Ah! ya que hablamos de estas personas, me podreis decir, si es cierto, que últimamente tuviéron una gran disputa, yo no sé porque. Dicen que Pedro en medio de su furor, rompió un cristal de Venecia, y dixo á la Emperatriz: ,,Ya ves, que no nece- ,,sito mas, que dar un golpe con mi ,,mano para reducir este vidrio al ,,polvo, de que ha sido formado." Y que Catalina, en vez de enfadarse, le miró con un ayre de bondad y ternura, y le respondió: ,,Has destruido ,,lo que constituia el adorno de tu ,,palacio. ¿Te parece, que este ha ,,quedado mas bonito?" Al oir estas palabras, enmudeció el Emperador, y se vio precisado á hacer las paces con su Esposa.

Ped. ¡Oh! sí; ella siempre tiene razon.

M. Fritz. Tengo mucho deseo de verla; y os aseguro con toda verdad, que daria la mitad de lo que poseo, por tal de que los dos Esposos bebiesen algun dia de mi vino.

Ped. ¿Qué sabemos? Puede ser que lo beban.

M. Fritz. ¡Oh! no: aunque siempre estan viajando, creo que nunca los veré; pues aun quando pasasen por la Livonia, no harian mansion en un pueblo tan pequeño como este: sin embargo de que suelen venir á él grandes personages; pero yo estoy entreteniendo... Señora, vuestras criadas os esperan en el quarto: si gustais, os acompañaré.

Cat. No hay necesidad.

Ped. Al instante voy yo igualmente.

Cat. Supuesto, que vuestra conversacion parece que agrada á mi Esposo, os dexo con él, habladle siempre de Catalina. *vase.*

ESCENA X.

Pedro y Madama Fritz.

M. Fritz. Vuestra Esposa parece muy buena Señora; no se puede negar.

Ped. Sí: es una buena Señora.

M. Fritz. Y bonita. ¿Hace mucho tiempo, que os habeis casado? Teneis hijos? ¿Son hermosos?

Ped. ¡Qué preguntona! Ahora me toca á mi; consultemos mis apuntes... Esto es... Antes de responder á vuestras preguntas decidme: ¿Teneis en casa un muchacho carpintero, que se llama Cárlos?

M. Fritz. ¡Ola! ¿tambien le conoceis? Aquí está con efecto; es un excelente muchacho, muy bueno y honrado; trabaja regularmente en esta sala; porque me da gusto ocuparle; y hace tan buen uso de su dinero, os lo digo en confianza, que todo se lo entrega á una huérfana, que se llama Eudosia.

Ped. Me alegro, de que sea bueno, y sensible... *ap.* Volvamos á Cárlos.

M. Fritz. Os decia pues, que esta pobre Eudosia...

Ped. ¿Todavía con Eudosia? Por Dios, acabemos, patrona; porque sino me hareis jurar como un Cosaco. Decidme pronto, de qué tierra es Cárlos; si exîste aun su familia, si conoceis sus padres; esto es lo que yo quiero saber, y esto es lo que es preciso, que me digais.

M. Fritz. Pues eso es cabalmente lo que yo no os diré, por una razon muy poderosa, y es, la de que no lo sé.

Ped. Vaya, esta muger no sabe nada de lo que yo quiero averiguar. ¿Pero á lo ménos le podré ver? Hacedle venir ahora mismo.

M. Fritz. Sí; hacedle venir ahora mismo, ¡como mandais! Si quiere, debiais haber añadido: ya veo yo que no le conoceis á fondo: pues tened entendido, que no hace sino lo que le acomoda; que no gusta de que se le obligue por fuerza; y que basta que se le mande una cosa paraque no la haga; y sobre todo, desde que tuvo el cuento con el Embaxador, tiene una desconfianza declarada de todos los grandes Señores.

Ped. Pero yo no soy un gran Señor.

M. Fritz. Ni yo tampoco lo digo por vos: pues bien se vé, que sois un hombre sencillo y regular... Pero aquí viene justamente.

Ped. Con efecto, es muy parecido. *ap.*

ESCENA XI.

Cárlos y dichos.

M. Fritz. Cárlos, Cárlos; llégate, que aquí hay un extrangero, que quiere hablarte.

Carl. No tengo ningun negocio con los extrangeros.

Ped. ¡Qué! ¿Os acordais aun de la disputa con los Oficiales Rusos?

Carl. ¿Y quién os ha contado eso? Madama Fritz, habeis hecho muy mal.

M. Fritz. Te aseguro, que no se lo he dicho yo.

Ped. No, no ha sido la Señora sino el Embaxador mismo el que me lo ha referido.

Carl. ¿El Embaxador? ¡Ah maldito Oficial! Vaya, ahora en el pueblo me llamarán otra vez el Caballero.

Ped. Pero si lo sois, ¿qué mal hay en ello?

Carl. No Señor, no lo soy, ni lo quiero ser.

Ped. Amigo Cárlos, habladme francamente: tengo ciertos motivos para conocer vuestro nacimiento.

Carl. ¡Ah Señor! ¿Quereis conocer mi nacimiento? ¡Pero si yo mismo lo ignoro!

Ped. Está bien; pero hablando, hablando, llegaremos tal vez á descubrirle. Decidme, quien sois.

Carl. Eso no es dificil. Soy Carpintero, y si teneis algo que mandar hacer, podeis dirigiros á mí, y haré la obra tan bien como otro qualquiera.

Ped. No se trata de eso.

Carl. Hago de todos géneros, puertas, ventanas, armarios, y aun no conozco un compañero capaz de hacer un ensable como yo.

Ped. ¿Y en donde habeis aprendido el oficio?

Carl. En casa mi maestro.

Ped. ¿En qué pais vivia?

Carl. Tan pronto en uno como en otro.

Ped. Vive Cristo que... Mas es preciso contenernos.

M. Fritz. Pero Cárlos, ese no es modo de responder.

Carl. ¿ Y si yo no quiero responder de otro modo?

M. Fritz. ¿No conoces, que el Señor te hace esas preguntas por tu bien? ¡Parece tan bueno!

Carl. Si, si: fiaos en su fisonomía, tambien el Embaxador parecia un hombre de bien: me hizo las mismas preguntas; me ofreció no hablar á nadie del asunto; y sin embargo, ya veis como envia otros, para que se rian de mí.

Ped. Cárlos, yo no he tratado de ofenderos; y solo la amistad que os profeso...

Carl. ¡La amistad! ¡Buena amistad por cierto! y me haceis unas preguntas con tono de protector, para divertiros á mi costa: ¿ y si yo os dixera, que no sabreis nada de quanto me preguntais, qué responderiais?

Ped. Que encontraria inmediatamente el medio de haceros hablar, si me empeñase en ello.

Carl. ¿Si? pues yo os aseguro, que no sacareis una palabra; y esto es tan cierto, como que la Rusia pertenece al Czar.

Ped. Finjamos encolerizarme para amedrentarle... ¡Ola! ¿lo tomais por ese estilo? Pues veremos.

Carl. Pues veremos.

M. Fritz. Repara, Cárlos, que vas á hacer tonterías.

Carl. Mas quiero hacerlas, que decirlas.

Ped. Ya tenia yo noticia, de que sois un quimerista.

Carl. Si Señor, soy un quimerista, quando se trata de enfadarme.

Ped. Pues ya dexareis de serlo si os hago prender por mis criados, y conducir á Petersburgo. Allí será el Czar el que os pregunte.

Carl. Jamas he ido á Petersburgo, ni el Emperador tiene nada que decirme; pero no me daria cuidado hacerle una visita; porque no se puede negar, que es un buen conocimiento.

Ped. Pues le vereis; porque solo con una palabra mia, nadie os libertará del viage.

Carl. He aquí lo que son todos estos grandes señores quando hablan con miserables como yo. Quiero esto; haré estotro; os enviaré allá: ¿ os parece, que no hemos tratado con otros de la misma clase?

Ped. ¿ Con que creeis, que no tengo poder para hacerlo?

M. Fritz. Pero Señor, tiene razon este pobre muchacho: porque al fin, no teneis derecho para atormentarle, ni sacarle de aquí. Tenemos Magistrados, que no sufren que se hagan violencias con los vasallos del Emperador.

Carl. Pero por Dios, Madama Fritz, ¿ no conoceis, que el Señor se chancea? Tan bien como yo sabe, que no es capaz de hacer nada, de lo que dice; afirma, que trata de conducirme delante de Pedro el Grande; pero á buen seguro, que no se atreveria; pues si el Czar supiese solamente el modo con que me quieren hacer ir, este gran Señor, que se hace aquí el hombre importante, seria entonces bien pequeñito. Aunque aquí nunca hemos visto á nuestro Emperador, sabemos muy bien, que su voluntad es, que se respeten las leyes en todos sus dominios; y como las ha establecido tanto para los grandes, como para los pequeños, sabria muy bien castigar á los que las violasen.

M. Fritz. ¡Oh! ciertamente. Estoy segura, de que no te harán violencia alguna en mi casa; pues aunque el Corregidor del pueblo es un necio, no se atreverá sin embargo por temor al Czar á haceros una injusticia.

Ped. ¡Dulce recompensa de mis fatigas! Ya por fin pueden contar mis vasallos con la proteccion de las leyes.

Carl. Señor extrangero, ¿ parece que lo que os hemos dicho os hace discurrir?

Ped. Este es el único medio; ellos mismos me le han dado.

Carl. Y bien, ¿ estais todavía de humor de hacerme viajar?

Ped. No; quedareis aquí; y supuesto que implorais la proteccion del Corregidor, él será con quien debereis entenderos.

Carl. En hora buena; el hombre de bien, no tiene porque temer á los jueces.

M. Fritz. Pero ¿qual es su delito, paraque aquí le juzgue?

Ped. ¿Qual es su delito? se ha dado cuenta al Emperador de lo ocurrido entre Cárlos y los Oficiales Rusos: se le ha pintado como un alborotador, un camorrista; y el Czar quiere vengar el honor de sus Oficiales, castigando de un modo exemplar al que tenga la culpa de este insulto.

Carl. Vaya, ya volvimos al maldito cuento; que bien me figuraba yo, que tendria malas resultas.

Ped. Ola, señor quimerista, ¿parece que no hablais una palabra? Me hace reir su confusion. *ap.*

M Fritz. Pero Señor, os aseguro que tenia razon; porque no hizo mas que defender á una pobre muchacha.

Ped. Eso no es de vuestra inspeccion, buena muger.

Carl. ¡El diablo del hombre! Ya veo yo, que esto acabará mal. Señor, una vez que el Emperador quiere mezclarse en este asunto, quando lo averigue, hará lo que le parezca conveniente; yo me atengo á su justicia; y por lo mismo os aseguro, què siempre que alguno de sus Oficiales venga requebrar á Eudosia, la defenderé; así porque ella lo merece por su honestidad, como porque todo hombre de bien debe socorrer á una muchacha inocente. Sobre todo, pasadlo bien, que yo me retiro.

Ped. Poco á poco: de aquí no salís.

Carl. ¿Como que no saldré? ¿por qué razon?

M. Fritz. No huyas, no huyas, que yo sabré salvarte.

Ped. Asegurémonos de su persona, no sea que (*ap.*) el temor le haga dexar esta tierra.

M. Fritz. Pero Señor, ¿por qué quereis detenerle?

Ped. Eso no os importa. ¡Ola! criados! *Salen muchos.* No dexeis un momento á ese hombre, y si quisiese escaparse, encerradle en el quarto inmediato. Ve á buscar al Corregidor del pueblo, y así que venga, avísame. Señor Cárlos, ya que no puedo saber quien sois, el Corregidor lo averiguará, y entre tanto aprended á ser mas comedido con los Oficiales del Emperador. *vase.*

ESCENA XII.

Dichos, ménos el Emperador.

M. Fritz. Te aseguro de todo mi corazon, que creí á este extrangero mejor hombre de lo que es.

Carl. Bien os decia yo, que era menester no fiarse en la apariencia.

M. Fritz. ¿Quién podia figurarse, que te queria hacer mal? Estoy afligidísima con este suceso.

Carl. No teneis vos la culpa. ¡Cómo ha de ser! Escuchad, Madama Fritz, no sabemos, en que parará este asunto; pero si me conducen á qualquiera otra parte, dadme palabra de que no abandonareis á Eudosia; y ademas, así que yo me marche, vendereis todas mis herramientas, y la entregareis todo su importe. ¿Lo entendeis? ¿Es verdad, que me lo prometeis, madre mia?

M. Fritz. Pero por Dios, Cárlos; me causas pena: no parece sino que estás haciendo tu testamento.

Carl. ¡Oh! cierto que es mi testamento, os lo aseguro; porque si me separan de ella, al cabo de quince dias, muero sin remedio... ¡Qué desgraciado soy! ¡Maldita querella de los Oficiales! Ella es la causa de las desgracias que padezco! ¿Por qué me acordaria yo de decir que era Caballero?

Vase con Madama Fritz, siguiéndole todos los criados.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Eudosia y Madama Fritz.

Eud. ¡Ay Señora! ya no puedo ver á Cárlos; porque le han encerrado en un quarto como si fuese un delinqüente.

M. Fritz. Consolaos, hija mia, que ya vendrá el Corregidor, y sabrá hacernos justicia.

Eud. ¡Ah! El Corregidor es un hombre imbecil, que hablará mucho, y solo tal vez para perjudicarle.

M. Fritz. ¡Oh! no; yo creo que tomará este asunto con teson; porque al fin su autoridad está despreciada. Confieso, que si este extrangero fuese algun Boyardo, no estaria enteramente tranquila; porque conozco, que nuestro Corregidor es insolente con los desvalidos, baxo y humilde con los poderosos, y necio con todo el mundo.

Eud. ¡Ay Dios mio! si se llevasen á mi pobre Cárlos, mi amigo, mi amparo, mi apoyo, ¿qué seria de mí?

M. Fritz. Os quedariais conmigo, ocupando el lugar de una hija mia.

Eud. ¡Ah! creed, que no seria mucho tiempo; porque muy pronto dexaria de existir.

M. Fritz. Vaya, lo mismo dice uno que otro; moriria ántes de quince dias; muy pronto dexaria de existir, y es preciso que nadie muera, y que seais felices. ¿Teneis acaso tambien gana de hacer vuestro testamento?

Eud. ¡Ah! bien pronto está hecho. Aquí teneis todo el dinero que Cárlos me habia dado para desempeñar mi collar; tomadle Señora, para sacar á Cárlos de las manos de la justicia.

M. Fritz. Por cierto qué teneis buena idea de la justicia. ¡Pobres muchachos! Y Cárlos quiere, que yo le venda todas las herramientas para daros su importe.

Eud. ¿Es posible? ¡Mi pobre Cárlos! ¡Mi buen Cárlos!

M. Fritz. Estoy persuadida de que os ama.

Eud. Os aseguro, que jamas me lo ha dicho; me trata con un respeto...

M. Fritz ¡Oh! el respeto no impide tener amor; pero aquí viene el Corregidor; tratemos de estimularle por el orgullo.

Eud. Sí; procuremos tenerle propicio.

ESCENA II.

Corregidor y dichas.

Cor. Madama Fritz ¿qué es lo que pasa en vuestra casa? ¿como se atreven á enviarme á llamar; á sacarme de mi casa á mí, que soy el Magistrado del pueblo? En verdad, que no es fácil comprehender porque.

Eud. ¿Se ha visto jamas una cosa semejante? ¿Hacer venir á esta casa la justicia?

M. Fritz. A la verdad que merece que se la vaya á buscar en persona.

Cor. Cierto; vos me conoceis, y os doy mi palabra de que ya que he venido... Pero me han dicho, que el extrangero, que ha enviado á llamarme, es un hombre muy rico, que ha llegado con un gran tren, y ya veis que en este caso se le deben ciertos respetos.

M. Fritz. ¿A los trenes, eh? sí, sí; pero me parece que los derechos de vuestro empleo, deben ser siempre respetados; y aun dado caso que este extrangero tuviese que quejarse de alguno, pudiera muy bien ir á llevar sus quejas á vuestra casa.

Cor. Sin duda alguna.

M. Fritz. Pues siendo así, ¿como habeis sido tan débil para obedecer las órdenes de un hombre, que segun todas las apariencias, no se quiere dar á conocer?

Cor. ¡Ah! es un hombre, que no quiere darse á conocer. Yo estaba en mi gabinete, quando han venido á llamarme de parte de un extrangero, que se ha-

hallaba alojado en vuestra casa.... ¿un extrangero? dixe yo; será tal vez alguno que viage: pronto, pronto mi vestido. Este es sin duda algun gran negocio. He venido aprisa, aprisa; porque al fin es menester actividad, quando se nos quiere hacer el honor de llamarnos para juzgar á cierta persona. En fin, voy á buscar al sugeto que me ha llamado; porque ya conocereis, que por grande que seà la sagacidad de un juez, no es fácil decidir de repente. Pero ántes de juzgar el asunto, es menester que yo sepa á lo ménos algo de lo que se trata.

M. Fritz. Pues yo os lo diré en dos palabras. Esta mañana ha llegado á mi casa un extrangero con una comitiva numerosa.

Cor. Sí; yo he visto los carruages; y no se puede negar que son soberbios. Sin duda alguna es un hombre muy rico.

Eud. Pero eso nada prueba.

Cor. Sí tal; eso quiere decir, que es un hombre de circunstancias; tal vez algun Boyaro: ¿eh? creis, que sea algun Bávaro?

M. Fritz No lo sé; pero me parece que no; porque su exterior es muy sencillo, y no trae ninguna insignia en el vestido.

Cor. ¡Ah! ya comprehendo lo que es: un negociante, un banquero ó algun asentista.

M. Fritz. El extrangero vió á Cárlos.

Cor. Ya le conozco, ese muchacho carpintero... El Caballero... Ah, ah, ah; ¡raro muchacho!

M. Fritz. El extrangero se ha empeñado en saber de él su apellido, y el pueblo de su nacimiento.

Cor. Ah ¿quiso saber su apellido, y su patria? y Cárlos no lo sabia, eh?

M. Fritz Cárlos no ha querido responderle; el extrangero le amenazó, y la qüestion se acaloró, concluyéndose, con que el desconocido le ha hecho prender por sus criados, y encerrar en su quarto.

Cor. ¡Ay Dios mio! ¡Qué me decis! ¿Sabeis, qué ese es un procedimiento criminal?

M. Fritz. Y muy criminal; yo os lo aseguro.

Cor. Es preciso que ese muchacho haya cometido alguna falta de una naturaleza... Ya me entendeis.

M. Fritz. Pero no es Cárlos el culpable en esta parte; es el extrangero, que por propia autoridad se toma la justicia por su mano.

Cor. Cierto; el extrangero ha hecho mal; porque está muy prohibido por las leyes.

M. Fritz. Vos sois el único, que puede, y debe prender á alguno.

Cor. Cierto; nadie mas que yo tiene ese derecho.

M. Fritz. ¿Pues qué seria de nosotros, si qualquiera extrangero pudiese prendernos?

Cor. ¡Ah, Dios mio! Todo el pueblo estaria preso, y yo el primero.

Eud. Y ahora os pregunto yo: ¿De qué se puede reconvenir á este muchacho?

Cor. De nada, absolutamente de nada.

M. Fritz. Un hombre que os estima, que os ama...

Cor. ¡Oh! yo tambien le estimo mucho á él.

M. Fritz. Ayer tarde me estaba ayudando á desencajonar unos vinos, que acababan de llegar de Francia. Mirad, Señora, me dixo, qué graciosa es esta frasquera de buen vino de Champaña: el Corregidor es muy aficionado, debierais regalársela.

Cor. ¿Y ha habido quien se atreva á ponerlo preso?... Ahora voy corriendo..

M. Fritz. Aqui viene el extrangero.

Cor. Pues bien: dexadnos. (*Vanse las dos.*) Ahora veremos como responde.

ESCENA III.

Pedro y el Corregidor.

Ped. Sin duda sois el Corregidor, á quien he hecho llamar.

Cor. Sí Señor; yo os confieso, que estoy admirado, muy irritado...

Ped. ¿De qué cosa?

Cor.

Cor. ¿Cómo os atreveis á hacer prender á nadie sin órden...

Ped. Conozco que he faltado, y lo siento.

Cor. Este no es ningun poderoso, quando tiene miedo... ¿Lo sentís, eh? Exercer un acto de autoridad, de magistratura..

Ped. Pero quando sepais los motivos...

Cor. ¿Y qué motivos puede haber, paraque un extrangero se atreva á exercer mis funciones?

Ped. Pero Señor, si quereis oirme...

Cor. Vos creeis, que porque soy juez en un pueblo tan pequeño... Pues tened entendido, que valgo mas de lo que parece, y que el Emperador mismo me favorece con bondades continuas.

Ped. ¡Ah! ¿Conoceis al Emperador?

Cor. Mucho, mucho; pero volvamos á nuestro asunto.

Ped. Es muy sencillo: he creido que podia asegurar la persona de Cárlos; y que haciéndoos llamar...

Cor. ¿Haciéndome llamar? Buena comedidad por cierto. ¿Y quién sois vos para cometer tales atentados contra mi autoridad?

Ped. Yo soy... ¿Pero me preguntais quién soy? Evitemos darnos á conocer.

Cor. Qué, ¿no podeis decirme quién sois?

Ped. Pero señor Corregidor, me estrechais mucho, y aun os confieso, que estoy confuso.

Cor. Ola, ¡estais confuso! Eso quiero yo; y sino me respondeis, *ad hoc*, inmediatamente os hago prender.

Ped. ¿Vos hacerme prender? ¿Conoceis esta insignia?

Descubriéndose.

Cor. ¡Caspita! ¡La órden de San Andres! Estoy perdido... ¡Señor Excelentísimo!.

Ped. ¿Habeis oido hablar de Mencicof?

Cor. ¿El gran Boyaro de Rusia? ¿El amigo, el confidente, el General de Pedro el Grande?

Ped. ¿Le conoceis?

Cor. De noticias; pero jamas le he visto. ¡Ay Dios mio! ¿Si será él?

Ped. Ola; nunca le habeis visto; pues ahora le veis. ¿Teneis todavía gana de hacerme prender?

Cor. Señor Excelentísimo, os aseguro, que ignoraba... Porque á no ser así, mi respeto, mi zelo, mi obediencia...

Ped. Su baxeza me irrita.

Cor. Pero Señor... mandad, mandad quanto gusteis. ¿Qué puedo yo hacer para serviros? Estoy á vuestras órdenes. ¿Quereis, que haga llevar á la cárcel á Cárlos?

Ped. Callad.

Cor. Lo que querais, Señor; lo que querais; callaré.

Ped. El Magistrado debe tratar á todos los hombres con iguales respetos.

Cor. Espero no obstante, que me dispensareis; y si mi ministerio puede seros útil disponed de mí.

Ped. Escuchadme: lo que quiero es, que hagais venir á Cárlos á mi presencia, y que le pregunteis con cierta maña, de modo que sepais su verdadero nombre, y el pueblo de su nacimiento.

Cor. ¡Oh! eso es muy fácil; sumamente fácil.

Ped. Yo os expondré quejas contra él; y vos no hareis mas que exîgirle sus respuestas.

Cor. Señor, voy á executar inmediatamente vuestras órdenes; espero que me disimuleis, sino os he tratado...

Ped. Idos, y volved de aquí á un quarto de hora.

Cor. Está muy bien, Señor. *vase.*

ESCENA IV.

Pedro solo.

Ped. Este maldito hombre me ha enfadado, pues quando veo, que un juez se evilece en tales términos, la sangre se me irrita. No obstante, he hecho bien en disimular mi indignacion; porque así conviene á mis ideas. Sí, este medio es excelente, y el único de averiguar, si este Cárlos es un intrigante... Pero este Corregidor... Este Corregidor tan despreciable... Creo que hubiera dado una de mis

pro-

provincias por encontrar en vez de este miserable un hombre íntegro y recto, que prescindiendo del nombre, y títulos que me supone, hubiera hecho su deber, poniendo en libertad al pobre Cárlos, y castigándome por haberme atrevido á faltar al respeto, que los hombres deben tener á las Leyes de mi pais.

ESCENA V.

Catalina y Pedro.

Cat. Pedro, ¿es tu intencion hacernos parar aqui todo el dia?

Ped. Nos iremos dentro de dos ó tres horas; porque es preciso dar algun tiempo á nuestra comitiva para que descanse un poco.

Cat. Pedro, tú me ocultas alguna cosa; pues léjos de buscar el reposo que necesitas, no paras un momento en tu quarto; has estado hablando largo tiempo con la patrona: acabas de enviar á llamar al Corregidor: tus criados han puesto preso á un muchacho, que segun dicen habita en esta casa Todo esto me inquieta, y quisiera saber...

Ped. Eso no es nada; es una bagatela; ya te lo diré

Cat. ¿Con que te reservas de mí, Pedro? Tal vez será la primera vez que lo haces.

Ped. No, mi querida Catalina: contigo no tengo ningun secreto. Si he estado hablando un rato con quien dices, ha sido únicamente porque deseaba conocer un poco este pais; saber lo que pasa en él, y si estan contentos con los Gefes nombrados por el gobierno. En fin, queria averiguar mil cosas, que me interesan, relativas á la felicidad pública; pero como la patrona es un poco habladora, te habia parecido larga mi conversacion.

Cat. ¿Y el muchacho, que está preso?

Ped. Ese es un pérfido, á quien quiero castigar, porque todos se quejan de él en el pueblo.

Cat. Pues qué, ¿te ha ultrajado en términos de excitar tu severidad?

Ped. ¡Oh! Este asunto no le será tal vez muy perjudicial. El Corregidor, ha de hacerle varias preguntas delante de mí, y es preciso que tu tambien te halles presente; porque es un muchacho sencillo, en cuyos sentimientos no se encuentran las exterioridades de los hombres. Tiene un carácter franco y abierto; ama, y hace el bien por instinto; no conoce los hombres, ni sus instituciones, ni sus artes, ni sus vicios: hijo de la naturaleza, es libre, bueno y rudo como ella; y en fin, estoy seguro de que te interesará.

Cat. Pero es un reo á quien estás elogiando...

Ped. Si; mas á todas estas prendas apreciables agrega el gran defecto de ser camorrista.

Cat. ¿Y una pequeñez como esa puede hacerte detener en un pueblo?

Ped. No es una pequeñez; yo tengo mis ideas, y tú las sabrás á su tiempo. Ademas, mi querida Catalina, ya conoces mi inclinacion: todo lo que se presenta de un modo singular, ó no se asemeja á los acontecimientos regulares de la vida me ha gustado siempre infinito.

Cat. Ciertamente. Toda la Europa sabe, que eres aficionadísimo á las aventuras.

Sale Eudosia.

Ped. Pero, ¿qué nos quiere esta muchacha?

Cat. Esta es la amable niña, que nos recibió ántes. Llegaos, hija mia... ¿Llorais?

ESCENA VI.

Eudosia y dichos.

Eud. Si Señora, lloro, y os aseguro que tengo bastante motivo.

Cat. ¿Pues qué teneis, hija mia?

Eud. El Corregidor, ese hombre malvado, acaba de encontrarme, y me ha dicho, que vais á llevar á la cárcel á mi pobre Cárlos, que el Señor se habia quejado contra él: que era un

un pícaro; y que le iban á enviar á la Siberia. ¿Será posible esto? respondedme.

Ped. Pero segun parece os interesais mucho por Cárlos.

Eud. Si Señor naturalmente, porque es tan buen muchacho! ¡si supierais lo que ha hecho por mí! ¡Por mi padre!

Cat. ¿Pues que ha hecho, hija mia?

Eud. ¡Ay Señora! Nos ha libertado de la miseria; me traia dinero, y me decia: Señorita Eudosia, aquí teneis esta corta cantidad, que me ha dado para vuestro padre un hombre muy rico, uno de sus antiguos amigos; pero que no quiere ser conocido.

Cat. Pues entónces no hacia mas, que desempeñar tal encargo.

Eud. ¡Ay Señora! si hablaba así, era por delicadeza, y para no humillarnos; porque estoy bien cierta, de que aquel dinero era el producto de su trabajo, y de un trabajo bien penoso... ¡Pobre muchacho!...

Ped. Tiene buen corazon: me alegro infinito.

Cat. Me haceis interesarme tambien por él.

Eud. ¡Ah! Creed, que lo merece muy bien.

Ped. Pero dicen, que no es tan humilde, ni tan sensible como decís; me han contado de él algunos pasages...

Eud. ¡Ah Señor! Esa es una calumnia; yo os lo aseguro. Al contrario; tiene una docilidad extremada, pues si alguna persona de la casa se empeña en enfadarle, y lo consigue, hago una seña á Cárlos, y al instante se pone á temblar. En quanto á sensibilidad, tengo un s pruebas muy evidentes.

Cat. ¡Qué sencillez!

Eud. Algunas noches leia yo para divertir á mi padre; el pobre Cárlos nos escuchaba; y si por casualidad le miraba en algunos pasages interesantes, notaba que sus ojos estaban bañados de lágrimas. ¡Ay Señor! El que no tiene buen corazon, no llora de este modo.

Ped. Todo eso está muy bueno; pero en fin, no podreis negar, que ha tenido una qüestion.

Eud. ¡Ah! si en ella se debe acusar, no es él, que soy yo...

Ped. ¡Cómo! ¿Habeis desafiado al Oficial?

Eud. ¡Ay Dios mio! Ya veo al Corregidor. ¡Hombre malvado! Señor, haced de modo, que no le suceda ningun daño al pobre Cárlos; yo os lo suplico.

Cat. Amiguita, nada temais: alejaos, que yo respondo de él: los dos me interesais; y haré lo que pueda para haceros felices. *Vase Eudosia.*

ESCENA VII.

El Corregidor, Pedro y Catalina.

Ped. Y bien, Señor Corregidor, ¿habeis executado mis órdenes?

Cor. Sí Señor, ya van á traer aquí al reo.

Cat. ¿Al reo?

Cor. Le hago venir escoltado por mis alguaciles. Este aparato siempre es del caso, porque intimida al delinqüente.

Cat. Pero siempre he creido, que no habia necesidad de intimidar.

Cor. Perdonadme, Señora, perdonadme, que yo conozco muy bien esta táctica; porque la he estudiado.

Ped. ¡Caspita, Señor Corregidor! No quisiera tener que entenderme con vos.

Cor. ¡Oh! sin vanagloriarme puedo asegurar que no hay un juez como yo en veinte leguas en contorno.

Ped. Tanto mejor para este pais.

Cor. Puedo alabarme, de que soy conocido y temido en todos estos alrededores; sin embargo de que por desgracia no ocurren muchos negocios, y así no adelanto demasiado en mi carrera. Ahora, si estuviera en Petersburgo, en Moscou, ó en alguna otra gran ciudad, en donde siempre hay tunantes que perseguir... Pero me direis, ¿es preciso ir á ellas? Así es; pero estoy persuadido, de que si os dignais hablar por mí al Empera-

ra-

rador, inmediatamente seré elegido, llamado y colocado.

Ped. Pero supuesto, que segun me dixisteis poco ha estais muy bien con el Emperador, ¿paraque necesitais mi recomendacion?

Cor. ¡Oh! sí; en otro tiempo muy bien; porque quando estuve en Petersburgo, le ví tan de cerca como ahora á vos; pero desde entónces he sido muy descuidado.

ESCENA VIII.

Cárlos, un Escribano, Alguaciles y dichos.

Cor. ¡Ah! bueno: ya está aquí mi gente.

Cat. Qué, ¿este jóven es el reo? su fisonomía es muy interesante.

Cor. Escribano, trae acá esa mesa. Me permitireis, que me siente; así es preciso hacerlo, porque esto no es un juguete; y un juez en pie no tiene la misma importancia. Ahora bien, Señor Excelentísimo, ¿de que le acusamos?

Ped. De haber tenido una reyerta con un Oficial del Emperador, y de haberse supuesto Caballero.

Cor. Ah, ¡buen Dios! ya tengo noticia de este suceso: es terrible.

Cat. ¿Cómo?

Cor. Me llamáron en aquel acto; no hay remedio; es hombre perdido: es muy justo castigar á un malvado. ¡Delito criminal! ¡Pena infamatoria!

Cat. Tanto peor.

Ped. Vamos al hecho; que os diga al momento su nombre y su patria.

Cor. Ministros, traedme acá ese reo.
Sentados á la mesa.

Carl. ¡Reo! ¿Pues qué he hecho yo?
Arrimándose.

Cor. Amigo mio, ahora lo sabremos; y entretanto procedamos en forma al interrogatorio de dicho acusado.

Carl. ¡Acusado! ¿y de qué?

Cor. De haber, segun la requisitoria conocida, probada y certificada del Excelentisimo Señor Mencicof...

Cat. ¡Mencicof!

Ped. Calla, Catalina.

Cor. Y segun la deposicion formal, y por escrito del Embaxador del Emperador, insultado, ultrajado y maltratado á uno de los Oficiales de su comitiva; por lo qual dicho Emperador está muy enojado, y ha enviado á dicho Señor Excelentísimo, á fin de tomar conocimiento en dicho delito.

Carl. Pero, ¿hablais en griego? Que no me mueva de este sitio, si os entiendo una sola palabra.

Cor. Le conozco mucho, y sino le atemorizamos no podremos conseguir nuestra intencion: ademas este es el estilo.

Ped. Haced lo que querais; pero vamos al caso.

Cor. Me veo pues en la precision, en vista de la exposicion del Embaxador, hecha á este Señor Excelentísimo...

Carl. ¡El Embaxador! ¡Señor Excelentísimo! A la verdad, creo que todos se han vuelto locos.

Cor. Conteneos en los límites del respeto; porque sino me será preciso, poneros en el calabozo, para llenar dignamente los deberes de mi empleo, y enseñaros á hablar con moderacion.

Carl. ¿Cómo en el calabozo? Esto ya parece que va de veras.

Cor. Callad, y decid.

Carl. ¿Cómo he de callar, y deciros? Si no fueseis un juez, creeria que deciais necedades.

Cor. Escribid todas sus respuestas.

Esc. Decís necedades.
Escribiendo.

Cor. ¿Habeis puesto eso? esto es lo que tiene el haber de tratar con gentes de poco talento. Borrado. ¿Cómo os llamais?

Carl. Bien lo sabeis.

Cor. Decidme cómo os llamais.

Carl. Cárlos Escranvonski.

Cat. ¡Cárlos Escranvonski! *ap.*

Ped. Catalina está atónita.

Cor. ¿Y vuestra patria?

Carl. La Lituania.

Cor. ¿Vuestra edad?

Carl. Veinte años.

Cat. ¡Cárlos Escranvonski! ¡De Lituania! ¡Veinte años! ¡Qué semejanza!

Ped. Me divierte su turbacion.

Cor. ¿Vuestro oficio?

Carl. Carpintero.

Cat. ¡Carpintero! No puede ser.

Cor. ¿Teneis padres?

Carl. Jamas los he conocido.

Cat. ¡Jamas los he conocido! sus facciones, sus ojos... Disimulemos mi turbacion.

Cor. ¿No habeis tenido una querella con uno de los Oficiales del Embaxador?

Carl. Cierto: porque insultaba á una muchacha honesta y virtuosa, la defendí; hice lo que debia; y si el Emperador, que segun dicen es un excelente hombre, se hubiera hallado en mi lugar, habria hecho otro tanto.

Cat. Prescindid de la quimera, y volved á su familia.

Ped. Preguntadle; porque razon en la querella se supuso Caballero.

Cat. ¡Se supuso Caballero!

Carl. ¡Eh! ya tenemos aquí justamente, lo que me estaba témiendo. Aun vienen á hablarme de eso: ¡Dios mio! ¿Es posible, que cometiese tal disparate?

Cor. ¿Luego es un título falso, que habeis tomado?

Carl. No lo sé... No sé que decir.

Cor. ¿Estais confuso, eh? Luego habeis engañado al Embaxador.

Carl. Escuchad: en la inteligencia, de que jamas he querido engañar á nadie; y si os parece que soy culpable, os aseguro, que mas he delinquido por imprudencia, que por maldad.

Cat. Escuchemos atentamente.

Carl. Pues como os dixe ántes, un Oficial demasiado alegre vió á Eudosia. Es preciso advertiros que esta Señorita es la mas bella, la mas amable... Es menester tratarla para conocerla. Siempre que la hablo, me pongo á temblar; tal es el respeto que me impone.

Ped. Está bien: ¿pero qué sucedió despues?

Carl. Este Oficial vió, como os digo, á Eudosia; la quiso decir galanterias á su modo: llegué yo en esta ocasion; tomé su partido como era regular; se enfadó él conmigo; yo me enfadé tambien; me maltrató; le rechazé; y últimamente para concluir, le propuse que escogiese armas para batirse conmigo; me respondió, que no debia batirse con un hombre como yo: le dixe, que valia tanto, y era tan Caballero como él; se puso á reir, y me alteré tanto, que iba ya á acometerle, quando llegó el Embaxador. Esta es toda la historia.

Ped. ¿Y por qué le dixisteis, qué erais Caballero?

Carl. Esa fué mi falta, lo confieso.

Cat. Luego no lo sois.

Carl. Me han asegurado que sí; pero yo no tenia necesidad de repetirlo: conozco, que tuve un poco de orgullo; pero ¿porque no quiso batirse conmigo? Me parece, que qualquiera hombre es bastante Caballero para dar ó recibir una estocada.

Cat. Pero decidme, ¿quién os ha dicho, que sois Caballero?

Carl. Señora, esa es otra historia diferente; me parece que sois una Señora amable, y que no sereis capaz de burlaros de mí.

Cat. No, al contrario; tomo mucho interes... Pero habladme, habladme con franqueza.

Cor. Pero yo no digo nada, y sin embargo mi empleo exîge, que esté hablando siempre.

Ped. Hacedme el favor de callar, y separaos un poco. (*Lo hacen el Corregidor y los Alguaciles.*

Carl. Es preciso deciros de antemano, que no he conocido á mis padres, y debo mi exîstencia á la caridad de un Carpintero pobre, pero muy hombre de bien.

Cat. ¡Recogido por caridad!

Carl. Me enseñó todo lo que sabia en su oficio; y esta ha sido mi única educacion, cuya falta he conocido muchas veces, y especialmente desde que conozco á la Señorita Eudosia.

Un dia me hallaba trabajando en la tienda, y al pasar un viagero por delante de ella, se le rompió el carruage; le ofrecimos nuestro socorro; entró en la tienda, y como yo era entónces tan joven, le interesó tanto mi fisonomia, que le preguntó, si era hijo suyo. No señor, le respondió mi buen anciano; es un huerfanito, que me dexó un Eclesiástico al tiempo de morir. Este muchacho es hijo de Cárlos Escranvonski, Caballero de Lituania, que murió en servicio de la Suecia.

Cat ¡Qué murió al servicio de la Suecia!

Carl. Tenia una hermanita (continuó el pobre anciano) de mas edad que él, y pereció en el saqueo de Mariemburgo. Esperad, replicó con viveza el viagero: ¡Escranvonski! ¡Prisionera en Mariemburgo! ¡Educada en casa de un Eclesiástico! Ella es: esa hermana no ha muerto; está en el palacio del Emperador; su nombre, su semejanza, todo me asegura, que no estoy equivocado. ¿No teneis algunos títulos, ó papeles? No tengo, (respondió mi maestro) mas que un papelito, que me dexó al tiempo de morir el pobre ministro. Al instante fué á buscar un papel, que leyó el viagero con mucha atencion. Id, id al momento, dixo, á Petersburgo, que este niño está destinado tal vez para una gran fortuna. Al decir esto volvió á subir á su carruage, y continuó su camino.

Ped. ¡Es el idioma de la verdad!

Cat. ¡Ah cielos! ¡Qué turbacion experimentan mis sentidos! ¿Por qué no habeis seguido el consejo de ese viagero? ¿Por qué no venisteis á buscarm... á buscar esa hermana? Yo os aseguro, que ella os hubiera acogido con bondad y con ternura.

Carl. Esa era nuestra intencion; pero por desgracia cayó enfermo mi bienhechor, y de alli á poco murió. Viéndome de nuevo abandonado de todos, me fuí al instante de aquel pueblo, y viviendo de mi trabajo he recorrido la Estolia, la Curlandia, y al fin me hallo en Livonia, en donde hubiera siempre sido muy feliz, á no ser por los Oficiales, Embaxadores y Excelentisimos Señores.

Ped. Pero, ¿y vuestra hermana?

Carl. ¡Ah! desde que empezé á viajar, y despues de lo que he visto, he aprendido á conocer el mundo. ¿Quién os ha dicho que mi hermana, siendo tan gran Señora, como aseguró el viagero, querria reconocerme? Mejor he querido vivir en paz con la Señorita Eudosia, que ir á perturbar con mi presencia, y tal vez ajar el orgullo de mi hermana.

Ped. ¿Qué te parece este acontecimiento?

Cat. ¡Ah Pedro!... ¿Pero no puedo ver ese papel, que tenia vuestro maestro? Esta será la última prueba.

Carl. Mi bienhechor me lo entregó al morir, y debiendo enseñársele á la Señorita Eudosia para que me dixese si era ó no Caballero, le traygo siempre conmigo. Aquí está.

Le saca del bolsillo.

Ped. Dádmele. *Le toma con viveza, y se acerca á Catalina.*

Cat. ¿Será este por ventura el niño que tanto tiempo, y tan en vano he buscado?

Lee Ped. Leamos. „Hallándome próximo á parecer delante de Dios, juro, „y atestiguo á los hombres, que el „niño que h puesto en poder de Midres Razki, es el hijo legítimo de „Cárlos Escranvonski, Caballero de „la Lituania, que murió en servicio „de la Suecia.”═*Glck.*

Cat. Ese es el nombre del respetable Eclesiástico, que tanto tiempo hizo por mí veces de padre.

Ped. Catalina, ¿con qué este muchacho es hermano tuyo?

Cat. Sí, sí; es mi hermano... Pero estas palabras del Corrregidor de delito criminal, de pena infamatoria... ¡Ah Pedro! Ya no es posible á mi corazon... Y á pesar mio, la deshonra... ¡Ay Dios!

Se desvanece en sus brazos.

Ped. Mi imprudencia ha causado este acci-

accidente. Debia haber previsto su debilidad. Ayudadme. (*A las criadas que entran.*) á trasladarla á su quarto. Catalina, mi querida Catalina... Señor Corregidor, aseguraos bien de ese muchacho: haced, que tengan mucho cuidado de él.

ESCENA IX.

El Corregidor, Cárlos y Alguaciles.

Cor. Está muy bien, Señor Excelentísimo, basta, que... ¡Hum! Este desmayo... Aquí hay algun misterio.

Carl. Sin duda; pero yo nada comprehendo.

Cor. Pues yo sí, lo comprehendo muy bien. Esto va mal, amigo mio, esto va mal. Pero, ¿qué he de hacer yo con este muchacho, sino se ha explicado claramente?... Pero, ¿no ha dicho: aseguraos bien de ese muchacho? ¿Haced que tengan mucho cuidado con él? Esto quiere decir... Vaya, soy un bestia... Lo que esto quiere decir, bien claramente es: hacedle llevar preso. Esto es: vamos, vamos; seguidme. ¡Qué penetracion es menester tener para comprehender á los grandes Señores! Es preciso confesar, que son muy dichosos, quando encuentran personas que los entienden.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El Corregidor y Madama Fritz.

Cor. Es una cosa bien particular, incomprehensible.

M. Fritz. ¿Qué es lo que tanto cuidado os da?

Cor. ¡Ah Madama Fritz! En vuestra casa suceden grandes acontecimientos.

M. Fritz. Ciertamente; pero son sucesos, que me incomodan en extremo; pues no parece sino que vos y el extrangero os habeis empeñado en atormentarme todo el dia. ¿Qual es la causa de vuestro furor contra el pobre Cárlos? Ese hombre desconocido le hace prender por sus criados; le pregunta delante de vos; hace que le conduzcan á la prision, y apénas ha entrado en ella, manda que le pongan en libertad: le vuelven á coger sus criados. En fin ¿qué sé yo? Es menester ser hechicero para adivinar que significa todo esto.

Cor. Pues bien; yo soy hechicero.

M. Fritz. Nunca lo creí así. ¿Luego sabeis todo el misterio?

Cor. Escuchad. Nuestro viagero tiene algun motivo secreto para proceder así; primer punto. En quanto á lo que decis, ya conocereis, que es preciso tener discrecion, circunspeccion, especialmente quando se trata de un asunto tan importante, tan grande, tan interesante.

M. Fritz. Sí; tan grande, tan importante. ¿Y qual es? vamos á ver. Sois capaz de matar á qualquiera con vuestros largos discursos; y lo peor es, que al fin no solamente sabeis tanto como yo, sino que tal vez os habrán engañado en lo poco, que sepais.

Cor. ¡Oh! sí; ¡se burlan de mi! Yo no sé nada. Pues vamos á ver. ¿No es el Príncipe Mencicof el que está alojado en vuestra casa? Sabiais esta novedad, eh? ¿Su Esposa no se ha puesto mala al mirar á Cárlos? Nada de eso, todo es cuento. El Príncipe, ¿no me ha llamado tonto y bestia por que hice llevar últimamente á Cárlos á la cárcel? Tampoco esto será verdad; porque yo no estaba presente quando me lo decia. ¿No han trahido unos ricos vestidos, y han suplicado á Cárlos, que se los pusiese? Y á mí, que estaba allí, ¿no me han echado por la puerta afuera de aquel quarto? No; yo no sé nada, todo esto es chanza. Se burlan de mí.

M. Fritz. Ahora veo, que con efecto estais instruido, y así os suplico, que me deis á entender alguna de estas cosas.

Cor. Madama Fritz, os estimo, y por

 lo

lo mismo sabreis todos mis secretos. Tened, pues, entendido, que presumo, que sospecho, y aun que estoy autorizado para creer, que este muchacho... Es un muchacho... que puede tener por su nacimiento relaciones... Porque ya conocereis, que á no ser así... ya veis, que no es natural poner ricos... vestidos á un delinqüente... Esto no es lo que yo acostumbro... Todo al contrario... y así os ruego no me comprometais, pues todo el mundo sabe, que las primeras leyes de nuestro estado son el silencio y la discrecion.

M. Fritz. No tengais cuidado, que no soy capaz de comprometeros.

Car. Pues ahora os dexo; porque voy á buscar á un sobrino mio, que es de la comitiva de este Señor. Este querido pariente me ha conocido, aunque hace ya mas de veinte años, que no nos veíamos. No se puede negar que ha tenido fortuna; me ha sido preciso darle una buena acogida: porque es rico, y siempre es necesario querer á los parientes. Me ha prometido revelarme un gran secreto, con la condicion, de que no he de decirlo á nadie; pero al instante que lo sepa, vendré á confiaroslo, se entiende, si me lo permite mi deber. *vas.*

ESCENA II.

Madama Fritz sola.

M. Fritz. De todo lo que ha charlado, nada he comprehendido; pues tiene el defecto de hablar mucho para no decir nada. ¡Dios mio! ¡Qué desgraciada seria, se tuviese la misma falta! No obstante una de las cosas que ha dicho, me ha dexado admirada, y es el vestido magnífico que han hecho poner á Cárlos. Aunque no lo comprehendo, debo sin embargo tranquilizarme; porque si quisiesen hacerle algun mal, no le vestirian como á un Señor. Pero alguno viene; cabalmente es Cárlos.

ESCENA III.

Cárlos y dicha.

Carl. Ah, ah, ah. ¿Qué tal os parezco, Madama Fritz?

M. Fritz. Muy bien; perfectamente.

Carl. El Excelentisimo Señor me ha hecho poner así; mandó que fuese á su quarto; por cierto, que su muger no estaba allí; y me dixo sonriéndose: Cárlos, poneos este vestido, porque quiero presentaros á una Dama, que no os desagradará conocer. ¿Yo este vestido? le respondí: vaya Señor, ¿os burlais de mí? bastante se han reido todos ya, por habérseme escapado decir, que soy Caballero, y no quiero que... Nadie se burlará de vos me contextó; obedeced; yo os lo mando, y á fe mia, que dixo este, *yo lo mando*, como quien está acostumbrado á decirlo á menudo. Al instante tomé mi determinacion, haciéndome cargo, de que vale mas que se diviertan á mi costa, que volver á caer en las garras del maldito Corregidor. Inmediatamente se me arrimáron unos Señores, haciéndome profundas y reverentes cortesías, que les he devuelto del mismo modo: tomé pues mi vestido, y heme aquí con él.

M. Fritz. Te sienta muy bien. ¿Si supieras que gallardo estás?

Carl. ¿De veras? Me alegro. Voy á presentarme al momento á Eudosia, porque este trage da mejor apariencia. ¡Ah! ¡si por estar vestido de este modo la agradáre! Madama Fritz, ¿creeis que la agradaré?

M. Fritz. De qualquier modo que estés, gustará de tí.

Carl. Me parece, que tendré un poco mas de atrevimiento para confesarla, que... Vos no sabeis que Eudosia es de una familia... ¡Ah! pero estos son secretos, que ella sola puede revelar, y así no os diré mas. ¿Pero donde está? ¡Tengo tanta gana, de que vea mi nuevo trage! Voy á buscarla... *va*

M. Fritz. No la encontrarás, porque

corriendo por todo el pueblo, y suplicando á los principales de él, que se interesen en tu favor, y vengan á hablar por tí al viagero.

Carl. ¡Ay Madama Fritz! Id á buscarla. Os lo ruego; ya veis que yo no puedo ir de este modo, porque toda la gente me rodearia, me enfadaria, me obligaria á reñir con alguno; y ciertamente esto no acreditaria al vestido, ni á la persona; y así la esperaré en este sitio.

M. Fritz. Pues á Dios hijo mio; cierto presentimiento me hace creer, que todo esto acabará en beneficio tuyo. *vase.*

ESCENA IV.

Cárlos solo.

Carl. Aunque no principió muy bien, no dexo de creer lo mismo; pues me parece, que no resultará ninguna cosa desagradable. Por otra parte, he notado, que miéntras me estaban preguntando, la Señora fixaba en mí sus miradas con interes; y yo, sin saber porque, la miraba tambien con gusto. ¡Oh! esto era sin duda, porque es bonita; pero no tanto como Eudosia.

ESCENA V.

Birman y dicho.

Carl. Ya está aquí el maldito usurero. ¿Qué querrá?

Birm ¿Quién será este Señor? No me engaño, él es. Ah, ah, ah; que mojiganga. ¡Ah, ah!

Carl. Y bien, ¿qué es lo que tanto os hace reir?

Birm. Perdonad, amigo, porque os hallo con un trage tan elegante... Ah, ah, ah; Es verdad, que sois Caballero! Ah, ah, ah; no me acordaba... Pero no tengo razon para reirme; porque segun parece, esto es oro fino.

Carl. Bueno está; pero, ¿quereis decirme á que venís?

Birm. Os traigo el collar de la Señorita Eudosia, que me pedisteis.

Carl. El caso es, que es necesario darle dinero, y Eudosia no está...

Birm. Con todo el respeto que os he debido, os digo, que vayais á tener la bondad de contarme cinqüenta rublos.

Carl. Está bien, amigo: Madama Fritz os dará al instante vuestro dinero.

Birm. ¡Oh! Eso no puede ser. Respeto muchísimo vuestro vestido; pero las alhajas no saldrán de mi mano, hasta que me pagueis.

Carl. Por cierto, que no tener dinero un Caballero, es una cosa terrible.

Birm. Es una friolera... Cinqüenta rublos... (*Extendiendo la mano.*) Y mi cantidad..

Carl. Aguardad un momento á que vuelva Madama Fritz.

Birm. Yo no puedo aguardar.

Carl. Pues márchate á los infiernos, maldito usurero.

Birm. Ah, ah, ah. El Caballero ha olvidado su bolsillo.

Carl. ¿Quieres dexarme en paz?

Birm. Ah, ah, ah; rico vestido; pero sin un ochavo. Ah, ah, ah.

ESCENA VI.

El Corregidor y dichos.

Carl. ¿No quieres acabar? ¡Insolente Judío!

Agarrándole por el brazo.

Birm. Señor Corregidor, libradme de las manos de este hombre.

Carl. ¡Caspita! Aquí está el Corregidor; tengamos prudencia.

Cor. ¿Cómo teneis atrevimiento para insultar al Señor y levantarle la mano?

Birm. Señor Corregidor, al contrario, si es él quien me la levanta.

Cor. ¿Quiere pegaros? bien hecho. Pues sabed, que yo tomaré su defensa, y sabré castigar á los insolentes, que se atrevan á perderle el respeto.

Carl. ¡Qué tal! Ahora me defiende. ¡Ah!

Birm. ¿Cómo? ¡Perder el respeto á un Carpintero!..

Cor. Callad, y dad gracias á su piedad, porque no os he castigado severamente.

Birm. ¿Castigarme? sin duda os estais chanceando.

Cor. ¿Cómo chancear? hablo muy de veras, sí Señor, muy de veras.

Birm. Sin duda me teneis por tonto. ¿Pues no estoy hablando con Cárlos, el muchacho Carpintero?

Cor. Es falso, amigo, es muy falso.

Birm. ¡Ah! ¿si será, que S. E. cepillaba las tablas por entretenimiento?

Carl. Tiene razon. Basta ya de risa, Señor Corregidor; ya os habeis divertido un rato á mi costa y...

Cor. ¡Ah Señor Excelentísimo! No soy capaz de divertirme á vuestra costa; os lo aseguro.

Carl. Yo no soy Excelencia, ni cosa que lo valga; sino simplemente como dice este pícaro Birman, Cárlos, Carpintero.

Cor. Perdonad que os diga estais equivocado, pues no lo sois.

Carl. ¿Pues que soy?

Cor. No lo sé fixamente; pero no tiene duda que sois algo.

Carl. ¡Está loco! *ap.* ¿Con que ántes no queriais que fuese Caballero, y ahora por vuestra autoridad?..

Cor. Ya vereis como no me engaño; y lo que únicamente os pido, es, que me recomendeis á vuestros ilustres parientes.

Carl. ¡A mis ilustres parientes! Ah, ah. ¿Luego ya no tendreis gana de enviarme al calabozo?

Cor. ¡Oh! Todo lo contrario. Antes haria ahorcar al Señor, que permitirle que se atreviese á insultaros.

Birm. Me parece, que tan loco está el Corregidor, como el Caballero.

Cor. Si; estoy loco, estoy loco. ¡Ah desdichado! (*baxo á Birman*) Si yo no tuviese compasion de tí... Ten entendido, que los extrangeros, que estan alojados en esta casa, son nada ménos que el Emperador y su Esposa.

Birm. ¿Y por donde lo habeis sabido?

Cor. Por un sobrino mio, que viene [en] su comitiva; pero chiton á todo es[to]. Ademas, estando yo presente, ha[n] hecho preguntas á Cárlos acerca [de] su nacimiento: enseñó un papelito, así que le leyéron, se puso desazo[nada] la Emperatriz; despues le ha[n] hecho vestirse como veis, y se [le] trata con mucho respeto. ¿Qué tal? ¿Adivinais? ¿Comprehendeis en fi[n] lo que estoy diciendo?

Birm. ¡Ah Dios mio! si él lo supiese. Quando conozca quien es...

Carl. Pero ¿qué es lo que estais hablando?

Cor. ¡Oh! estaba diciendo al Señor, que no habia conocido en mi vida un hombre mas amable, ni mas interesante que vos.

Birm. Y yo le respondia, que teneis un excelente carácter, un buen corazon... Pero ya me habia olvidado de entregaros el collar de la Señorita Eudosia.

Carl. Ah, ah; aguardad á que venga Madama Fritz.

Birm. Nada de eso, nada de eso: vuestra palabra vale mas que todo el dinero... Me lo pagareis, quando os parezca: disponed de mi crédito, de mi bolsillo y de todo lo que me pertenece.

Carl. Pero, ¿qué es esto? ¿estais loco? No comprehendo... pero siento ruido...

Cor. Vámonos, por no molestar á S. E.

Birm. Yo espero, que V. E. se acordará de mí.

Haciéndole profundas cortesías.

Carl. Ya me acordaré de los dos.

ESCENA VII.

Cárlos, Madama Fritz y Eudosia.

Carl. ¡Ah Señorita! ¡Quanto deseaba veros!

Eud. ¡Ay Dios mio! Cárlos, ¡qué lucido estais!

Carl. Si, á pesar mio: ¿os parezco mal así?

Eud. Al contrario, muy bien, os lo aseguro.

M. Fritz. Pero Cárlos, ¿tú no sabes que en la casa todos dicen que eres pariente de ese extrangero...

Carl. ¿Tambien vos habeis dado en eso?

M. Fritz. ¿Y por qué no, quando sus mismos criados lo dicen, y la política con que te tratan lo dicta?

Eud. Yo tambien opino como Madama Fritz: todo me anuncia, que perteneceis á una clase elevada, y que el cielo os hará justicia, concediéndoos la fortuna que mereceis.

Carl. No niego que la deseo; pero solamente desde que os conozco: creed Eudosia, que si llego á ser rico, nada os faltará, ni tampoco á Madama Fritz.

Eud. ¡Ay Cárlos! ¿imaginais que no sé lo que vale vuestro corazon?

Carl. No; no podeis saberlo: si yo fuese opulento, estaria desde luego pronto á daros... todo lo que poseyese; con tal que me permitieseis solamente serviros, veros todos los dias, y amaros como á una amiga, como á una hermana, como..

M. Fritz. Como á una Esposa: vamos, no seas tan tímido.

Eud. ¿Para que decís lo que tal vez no pensará Cárlos?

Carl. ¡Ah! si lo pensaba. Pero solo el temor de desagradaros...

Eud. ¿Acaso Cárlos, podeis desagradarme nunca?

M. Fritz. ¡Pobres muchachos!

Carl. ¡Qué! ¿de veras no os enfadariais, Señorita, si os dixese, que prefiero á la fortuna, y al nacimiento el placer de ser amado por vos?

Eud. ¿Por qué lo habia de sentir? Al contrario Cárlos; os aseguro que me consideraria mas dichosa pasando con vos mi vida en la obscuridad, que siendo la mayor Señora de Petersburgo.

Carl. ¿Con qué consentiriais en ser mi Esposa?

Eud. Sin duda alguna; siempre que vos quisieseis serlo mio.

Carl. ¡Ah! con toda mi alma; y pues que nadie puede oponerse á nuestra union, respecto de que los dos somos huérfanos, casémonos, si puede ser mañana mismo.

M. Fritz. Cárlos, todo lo dispones muy bien; pero, ¿no reflexîonas, que á la hora de esta habrás ya tal vez hallado algunos parientes, que pueden oponerse...

Carl. ¡Oh! esas son conjeturas ridículas; ademas, de que si los parientes no consienten...

Eud. No nos seria nada favorable, que fuese cierto lo que ya dicen; pues al fin, ya sabeis que mi padre no solo me prohibió ir á Petersburgo, sino que me encargó particularmente, que ocultase mi nombre.

M. Fritz. ¿Y Por qué?

Eud. Porque mi padre tambien fué en otro tiempo un gran Señor, pero...

M Fritz. Pues no lo sabia yo.

Eud. Pero he nacido muy desgraciada.

Carl. No hableis de eso Madama Fritz, porque vais á hacerla llorar: y cada lágrima suya me traspasa el corazon. Hablemos solo de nuestro casamiento... Pero ahora que me acuerdo, aquí teneis vuestro collar: yo trabajaré tanto, que pronto extinguiré esta corta deuda.

M. Fritz. ¡Ay Dios mio! aquí viene el extrangero.

ESCENA VIII.

Pedro y dichos.

Ped. ¡Oh Cárlos! os andaba buscando, porque tengo que hablaros. Madama Fritz, haced que todo esté dispuesto pronto para nuestra partida, pues debemos salir dentro de muy pocos instantes.

M. Fritz. Señor Excelentísimo, voy á obedeceros.. Quedaos con Cárlos, y con eso me contareis, lo que ha pasado. *A Eudosia, y vase.*

Eud. ¡Oh! no; porque tal vez estaré demas aquí.

ESCENA IX.

Dichos, ménos Madama Fritz.

Carl. ¡Ah Eudosia! si os vais, me marcho yo tambien. ¿Es verdad Señor, que esta Señorita no está demas aquí?

Ped. No amigo mio, bien puede quedarse; pues es cierto que se interesa tanto por vos, que merece tener parte en vuestras felicidades.

Eud. ¿Pues qué se trata de felicidad para Cárlos? ¡Ah! ¡cómo me alegro!

Ped. ¿Parece, que le amais mucho?

Carl. ¡Ah! nunca tanto como yo la amo. Es imposible.

Ped. Sin embargo, será preciso que os separeis muy pronto, á lo ménos por algunos dias.

Carl. Ni por uno solo, ni por una hora. ¿Pero á qué viene esa nueva invencion? ¿Teneis acaso gana de mortificarme mas todavía? Por divertiros me habeis hecho poner un vestido, que no corresponde á mi carácter; os he obedecido por complacencia; pero os prevengo, que no llegará esta hasta el extremo de separarme de una amiga, que mañana mismo ha de ser mi Esposa.

Ped. ¿Esposa vuestra?

Carl. Sí Señor; este ya es negocio concluido; mañana nos casamos, y si quereis asistir á la boda, en vuestra mano está; nos hareis mucho honor y placer.

Ped. Mi querido Cárlos, estoy muy distante de oponerme á vuestra union; conozco, que esta Señora merece tu corazon; pero es preciso diferirla por algun tiempo; pues ya que es menester decirlo todo, te llevo conmigo hoy mismo.

Eud. ¡Ah Cielos! ¿os le llevais?

Carl. Se entiende, si yo quiero. No obstante, procedo de buena fe; y aunque conozco, que os divertis en mortificarme desde esta mañana, confieso que no me disgustais, pues se me ha figurado, que sois un hombre de bien; si consentis, pues, en que Eudosia me acompañe, no habrá dificultad en seguiros.

Eud. Pero Cárlos, ¿para qué hemos de viajar? ¡Estamos tan bien aquí!

Ped. Hija mia, me parece que no quereis oponeros á que Cárlos pase su vida en compañía de una hermana que puede favorecerle mucho.

Carl. ¿Qué hermana? ¿si no he tenido mas que una, y á esa jamas la he visto?

Eud. Será tal vez la de que os habló aquel pasagero.

Carl. ¡Ah! Si; ¿la que está establecida en Petersburgo?

Ped. ¿Deseas volver á verla?

Carl. ¡Oh! ¿Quién lo duda? ¿Qual es el huérfano, que no tiene deseo de encontrar á su familia?

Ped. Pues tú la has encontrado ya.

Carl. ¿Acaso conoceis á mi hermana?

Ped. Tanto, que yo mismo te he de conducir á sus brazos.

Carl. Pero, ¿querrá reconocerme?

Ped. Debe hacerlo así... Pero siento ruido. *ap.* Aquí viene Catalina: la dexó al fin de su desmayo; pero ántes de revelar nada, quiero saber... Hijos mios, marchaos por un momento, que yo os haré llamar al instante.

Eud. ¡Ah Cárlos! mi corazon predice que vas á ser dichoso.

Vanse los dos.

ESCENA X.

Pedro y Catalina.

Ped. Querida Catalina, ¡con quanto gusto veo que tú salud!...

Cat. Me presento temblando á tu vista.

Ped. Pues ¿qual es la causa de una indisposicion tan repentina? ¿Acaso sientes haber hallado?...

Cat. ¡Ah, Pedro! puedes imaginarlo. ¿No te he hablado muchas veces de este jóven, compañero de mis desgracias?... Pero bien debes conocer que al placer de verle, está unido el sentimiento terrible de haberme dicho el Corregidor, que su pena es infamatoria.

Ped. ¿Quién? ¿Cárlos? si es el muchacho mas amable...

Cat. ¿Es amable? ¡oh Pedro! ¡Oh So-

Soberano ! Tu Catalina , tu amante, tu Esposa se atreve á postrarse delante de tí , y suplicarte que concedas á su hermano una parte de las mismas bondades , con que la has favorecido tanto tiempo.

Ped. Ese era cabalmente mi proyecto.

Cat. Pues , ¿ acaso sabias ?..

Ped. Todo lo sabia. Y en prueba de ello, mira la nota que me remitio mi Embaxador ; (*sacando un papel*) pero no queriendo ser engañado por ningun bribon; y temiendo ademas cierta prevencion de tu parte por el deseo de encontrar á tu hermano , no he querido revelarte el secreto. La última Escena interrogatoria ha disipado todas mis dudas , pues la verdad sencilla y pura se dexaba ver en el lenguage de Cárlos ; y de tal modo me hallaba ya prevenido en su favor , que aun sin la certificacion auténtica del Ministro Glak , estaba decidido á reconocerle públicamente por hermano mio.

Cat. ¿Públicamente? ¡Qué dicha !

Ped. No hay duda alguna; pues con las circunstancias de juventud , sensibilidad , y hombría de bien que le acompañan , podremos formar un hombre digno de la mayor consideracion.

Cat. ¡Ah! ¡El mayor Soberano! ¿El vencedor de Cárlos doce no teme baxarse á reconocer por hermano suyo al mas obscuro artesano ?

Ped. Mi querida Catalina ; el hombre poderoso y verdaderamente grande se honra quando busca sus parientes en el seno de la pobreza y de la obscuridad , pues acogiéndoles con bondad, no se puede decir , que se baxa hasta el grado de ellos, sino que los eleva hasta el suyo. Ademas , en esta ocasion mi orgullo seria muy poco á proposito ; pues si Cárlos es Carpintero de obra interior , yo lo he sido de obras de afuera , con que la alianza es muy adequada.

Cat. ¡ Oh grande - hombre ! si pudiese añadir alguna cosa á tu gloria , este último rasgo...

Ped. Amiga mia , pocos elogios ; porque en tu boca son demasiado peligrosos para mí ; pero pensemos en tu hermano.

Cat. ¡ Ah ! Me abraso por verle. Hasta la edad de seis años le serví de madre, y en este momento se me representan mil recuerdos.

Ped. Pues yo soy el que te le quiere presentar. Cárlos , entra.

ESCENA XI.

Cárlos , Eudosia y dichos.

Ped. Te he prometido presentarte una hermana...

Carl. ¿Y en donde la he encontrado?

Ped. Aquí mismo , en este quarto.

Carl. ¿ En este quarto?

Ped. Cárlos , ven á besar la mano de la Empe... O por mejor decir, abraza á tu hermana.

Eud. ¡ Su hermana ! ¡ Cielos !

Cat. ¡ Hermano mio !

Dándole la mano.

Carl. ¿ Quereis atormentarme mas ?

Retrocediendo.

Ped. No , Cárlos ; Catalina es mi Esposa y tu hermana.

Carl. Experimento una turbacion , un placer... ¡Ah , Señor ! Tened compasion de mí. Seria demasiada crueldad engañar mi corazon.

Ped. Pues á lo ménos , créelo por sus lágrimas y por su emocion ; mira como abre los brazos para recibir á su hermano.

Carl. ¡Hermana mia ! ¡ Mi querida hermana ! Su emocion... sus lágrimas.... ¡Qué! ¿ ya no soy huérfano ?... ¿Pertenezco á una familia ? ¡ Qué tiernas sensaciones experimento por la primera vez !

Ped. ¡Oh dulce sentimiento de la naturaleza ; ¡ Qué placer me causas !

Cat. Mi queri o Cárlos, acércate ; si , sí: aun se perciben las facciones de su niñez : ahora lo conozco ; yo soy, hermano mio , la que acallé tus primeros llantos , y la que enjugué tus primeras lágrimas ; yo soy la que encargada por nuestro tutor de los

cuidados de tu infancia, desempeñé con ternura los oficios de una madre, hasta el instante fatal... Pero tú no debes acordarte, pues eras tan niño todavía..

Cárl. Aguarda, hermana mia; sí, tus facciones me recuerdan con efecto ciertas memorias... Aun me parece, que estoy viendo el quarto que habitábamos, y oyendo tu cancion favorita. Un dia sentimos un gran ruido en la calle; echáron la puerta abaxo; un anciano asustado nos cogió á los dos de la mano, y ya estábamos en el campo, quando unos Soldados nos persiguen, nos arrancan de sus brazos; el quiere defenderte, y cae. He aquí lo único de que me puedo acordar.

Cat. Pues á ese desastre público, prisionera del mas generoso de los hombres, he debido la felicidad de toda mi vida.

Carl. ¡Oh hermana mia! Mi suerte ha sido muy diferente. Ya sabes qual ha sido mi exîstencia.

Ped. Ahora variará la fortuna.

Carl. ¡Oh! no; dexadme en mi obscuridad... no me ciego.. conozco, que mi estado... mi ignorancia...

Ped. Cárlos, tu corazon es sensible y virtuoso; y esto basta para merecer la suerte, que te está reservada.

Carl. Haced de mí lo que gusteis; me abandono á vos; pero ya que tratais de labrar mi felicidad, os prevengo que solamente hay un medio para que yo la consiga, y es el de unirme con mi querida Eudosia. ¡Ah! quando la trateis, la amareis tanto como yo.

Ped. Estoy dispuesto á ello. Su conducta generosa, su sincera inquietud, todo me interesa en su favor.

Cat. Es preciso que nos siga á Petersburgo, y allí veremos...

Carl. Ahí está la dificultad: quisiéramos que nos dispensaseis... Ella tiene sus razones

Ped. ¿Qué razones puede tener para no ir á Petersburgo?

Carl. ¡Ah! es un secreto... pero no debo ocultaros nada... ¡Qué! Nada temais. (*Eudosia le tira del vestido.*) Mi hermano es un hombre de bien... Para su tranquilidad, es preciso que no la vea jamas el Emperador.

Cat. ¿Por qué?

Ped. Excitas mi curiosidad...

Eud. ¡Ah Cárlos! Considerad, que mi libertad, mi exîstencia tal vez...

Ped. Tranquilizaos; os doy mi palabra de honor, de que el Emperador jamas sabrá nada de quanto me digais en este momento.

Carl. Pero mi querida Eudosia, (*á Eudosia que le tira del vestido.*) ¿por qué temblais? ¿tarde ó temprano no se ha de llegar á saber que sois de la familia?

Cat. Así es hija mia. ¿Qué motivo puede haber para amedrentaros hasta el grado..

Eud. Yo no soy culpable, y sin embargo desde mi niñez expio el delito de mi padre.

Carl. ¡Ah! ciertamente: no tiene la culpa de que su padre haya sido traydor á la patria.

Ped. ¿Traydor á la patria? ¿Pues quién ès su padre?

Carl. Un gran Señor, que sin duda conocereis; á lo ménos de vista. El amigo íntimo de Pedro el Grande; el Hetman de los Cosacos.

Cat. ¡Infeliz! ¿qué has dicho?

Ped. ¡Hetman de los Cosacos! Seria... ¡oh Dios! ¡Me horrorizo al pensarlo! ¡el infame Macepa!

Eud. Demasiado cierto es. Ese es á quien yo debo mi exîstencia.

Ped. ¡Ah pérfido! ¡Ah traydor! Nada podrá libertarle de mi furor.

Eud. ¡Cielos!

Cat. ¡Qué arrebato! Tranquilízate; reflexîona...

Ped. No Catalina; jamas saldrá de mi boca su perdon, lo he jurado, perecerá.

Carl. ¡Ah! apaciguaos.

Cat. Esposo mio, ¿no serás dueño nunca de tus furores? Reflexîona; tu mismo lo has dicho, que el Emperador no debe saber nada, de lo que te se ha confiado. ¡Ah! procura calmar este primer ímpetu de tu cólera...

Ped.

Ped. No Catalina, no: yo puedo perdonar á un delinqüente; pero al ingrato, al traydor Macepa; jamas, jamas.

Eud. ¡Ah Cielos! ¡Padre mio!

Ped. ¿Donde está ese miserable? Responded: ¿donde está?

Eud. Ya ha muerto.

Ped. ¡Ya ha muerto! (*Despues de un poco de silencio.*) Nada temais, (*Va á cogerla la mano, y ella tiembla.*) Eudosia, yo os serviré de padre.

Eud. ¿Me perdonais el defecto (*arrojándose á sus pies*) de mi nacimiento?

Ped. Levantaos, hija mia.

Cat. ¡Ah! ya reconozco á mi ilustre Esposo.

ESCENA XII.

Madama Fritz y dichos.

M. Fritz. ¡Ay Dios mio! ¡qué novedad! ¿Qué quiere decir todo esto?

Ped. ¿Qué os sucede, Madama Fritz?

M. Fritz. Vaya, no puede ser; ciertamente no puede ser él... ¡Ay Dios mio! ¡Si fuese!... ¡Yo que hablé tanto!...

Cat. ¿Pero qual es la causa de esa agitacion?

M. Fritz. ¡Ah Señora! ¡Ah Princesa! Yo no sé que tratamiento darla. Todo el pueblo... Ah, ¡si fuese cierto!...

Ped. Pero buena muger explicaos. ¿De qué se trata? ¿Qué quereis? ¿Qué es lo que se dice?

M. Fritz. Todo el pueblo está reunido, y el Corregidor á su frente viene á haceros una arenga: todos los muchachos de ámbos sexôs estan ya á la puerta gritando: Viva Pedro, viva Pedro el Grande y su Augusta Esposa.

Ped. ¡A Dios! Ya nos han conocido; vámonos

Cat. No; pues no debes privar á estos buenos aldeanos del placer de ver á su Emperador.

Carl. Fritz. y Eud. de rodillas. ¡El Emperador!

Ped. Si, hijos mios; pero en este dia solo quiero ser vuestro padre. Ya viene el íntegro Corregidor... No me disgusta volver á verle, pues es preciso, que tambien tenga su recompensa.

ESCENA ULTIMA.

Corregidor, Aldeanos y dichos.

Cor. Cuidado que nadie hable ántes que yo... Los habitantes de este pueblo, habiendo sabido por las cien voces de la fama, que su Czar, su Emperador, su Soberano estaba en el seno de sus hogares domésticos, tal como un Sol, que con sus rayos... vivificantes... calienta la... hum... tal como un Sol calienta...

Ped. Basta, basta; no me es necesario vuestro discurso para manifestarme sensible el proceder de estos buenos habitantes; y en prueba de que estoy dispuesto á hacerles todo el bien posible, voy á fixar vuestra suerte, Señor Corregidor.

Cor. ¿Fixar mi suerte? Lo ménos voy á ser Juez en Peterburgo.

Baxo á Madama Fritz.

Ped. Decidme ántes, si teneis bienes ó rentas.

Cor. ¡Oh! Sí Señor, tengo las suficientes para sostener el honor de mi empleo...

Ped. Basta. Pues desde este momento quedais exônerado, y os condeno á pagar quinientos rublos á los pobres de este pueblo, por via de indemnizacion de los perjuicios que les habeis causado.

El pueblo. Viva el Emperador.

Cor. Pero Señor, puedo asegurar á V. M...

Ped. Silencio. Dad gracias á mi bondad; porque si la necedad no excitase mas bien la compasion que la cólera, os destinaria de otro modo. Alejaos... Cárlos, te hago Conde de Ramienski, y te

te concedo la mano de Eudosia Macepa, á quien restituyo todos los bienes de su padre. Y por lo que hace á tí, mi querida Catalina, mira, busca, socorre á los infelices; para que todos los habitantes de estos pueblos te bendigan y sepan, que la Emperatriz de las Rusias ha encontrado, y reconocido públicamente á su hermano, Carpintero en una posada de Livonia.

FIN.

CON LICENCIA.

Se hallará esta con un surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Saynetes y Entremeses, en la Librería de Cuesta, calle de Correos, frente del Parte, y en su puesto, Gradas de San Felipe el Real.